

transcripción mecánica, esta solía tener tantas reescrituras, tachaduras – hechas con la tecla “x” o luego por el propio puño del escritor (valga el ejemplo de Viñas)– que el “original” pasaba a ser una extraña mixtura de procedimientos: los tipos de la máquina conviven con los garabatos grafológicos del autor, e incluso las pruebas de galera servían para introducir sobre ellas, en su “última ratio”, las correcciones del momento postrero, que hacían variar el texto con un salvataje *in extremis* (valga el ejemplo de Walsh, pero también el de Borges, de Proust, etcétera).

Cuando los libros fueron progresivamente compuestos por el invento de Gutenberg y sus socios –los tipos móviles, la prensa inspirada en los artefactos que para ese mismo fin tenían las vinerías para procesar la uva; surgía una empresa que siglos después llamaríamos “industria cultural”–, los ejércitos de monjes escribas que fabricaban pliegos y pliegos en los

Todo escrito siempre se halla “en estado de borrador”, y la decisión de imprimir es puramente técnica, cortando aleatoriamente un flujo que si no, sería indefinido.

monasterios, no quedaron necesariamente sin ocupación. Esas artesanías de la letra, en muchos casos de fina elaboración, sobre todo en las capitulares del texto, seguía combinándose con los impresos seriados que salían del ingenio gutenberiano. Convivieron dos “estilos tecnológicos”. Y así fue durante siglos, si se tiene en cuenta lo dicho anteriormente acerca de cómo sobre la misma prueba de galera, muchos escritores sentían el aguijón definitivo de poner un último adverbio, suprimir un sustantivo o agregar una frase subordinada entera, antes de que

sea tarde. Eso abonaría la tesis romántica de que todo escrito siempre se halla “en estado de borrador”, y la decisión de imprimir es puramente técnica, cortando aleatoriamente un flujo que si no, sería indefinido.

Quizás no sea lo mismo en la era del llamado “procesador de textos”, pues los cambios suelen no dejar huella, y el salto desde el mundo anterior de representación analógica –como suele decirse– al campo digital permite operaciones sobre el texto que, si por un lado son todas de índole metafórica –pues se denominan con los atributos anteriores: “cortar y pegar”, “ortografía y gramática”, “buscar”, etc., todo lo cual se hacía artesanalmente–, por otro lado, se caracterizan por estar en un presente absoluto, sin dejar ninguna huella, salvo que el llamado “control de cambios” también interviene con su trazo evidente, pero efímero, sólo destinado a la rápida sustitución de un fragmento por otro, perdiéndose la delicia del



rastros escriturales que llevó de versión en versión. En el mundo digital no hay versión, pero todo puede replicarse de inmediato y todo se halla en un infinito tiempo actual, sin vestigio ni caducidad.

Los incautos que han caído en las mallas de la fácil apología de la digitalización, del banco de datos, de la barra de herramientas, de la automatización del sentido testimonial de la cultura, en suma, de la teoría de la información, producen una extraña paradoja. A cambio de una promesa de traducción de toda una era arcaica de la cultura a un plano uniforme de democratización de la consulta de todo el patrimonio universal, se acepta retroceder muchas posiciones en el tablero de las grandes filosofías del conocimiento. Ello ocurre por la aceptación sin crítica del concepto de soporte, con el cual se quiere trazar una línea histórica acumulativa que va desde la tableta de arcilla o el copista manual sobre rollos de pergamino hasta la pantalla digital, el *cidí rum* o todas las modalidades de registro digital. Queda entonces un marco binario para comprender la historia del libro y de los signos de la lengua, en términos de soporte (forma) y contenido (representaciones sensibles). Se pasa así por alto, en nombre de un reductor binarismo, todas las relaciones de intrincamiento efectivo que la filosofía de todos los siglos descubrió entre las formas y los contenidos, hasta intercambiar todos los significados, transfundiéndolos unos en otros. Ya se observó innumerables veces que la revolución informática no se dedicó a inventar su propio lenguaje. Tomó como metáforas apropiadas el lenguaje náutico –navegación–, el arquitectónico –soporte–, el infantil –cortar y pegar–, el de la carpintería –herramientas–, el del documentalista –archivos, documentos–, el del bibliotecario –referencias–, el del montajista –insertar–, el del diseñador –margen estrecho, margen moderado–... A todos estos recursos, finalmente de carácter epistemológico, los presentó como meras formas operatorias, cuando en verdad se pueden considerar el estadio final de una filosofía del lenguaje encubierta. Porque si por un lado se hace protagonista de una gigantesca traducción civilizatoria –quedan incluidos todos los documentos de cultura de la memoria polvorienta que va desde el interior de los monasterios hasta las circulares secretas del Pentágono–, por otro lado, aparece una severa limitación que es la de no poder producir palimpsestos con los juegos de la memoria. Llamamos palimpsestos de la memoria al carácter esquivo y no uniforme que la memoria posee; la caracteriza una capacidad de manifestación tan vigorosa como su posibilidad de dispersión y agotamiento. Tiene además carácter súbito y desobediente a catalogaciones o jerarquías



de ordenamiento. Puede ser suscitada por especialistas que la investiguen desde museos, curadurías, sentencias psicoanalíticas o programaciones mediáticas, pero habrá siempre una reserva intraducible, un ignorado nómeno que es cambiante y se hace inhallable en las múltiples resistencias que opone a su transcripción en las obras planas del mundo digital.

II

En un reciente artículo en el diario *La Nación*¹, Santiago Kovadloff hace algunas consideraciones sobre este tema que nos parece adecuado discutir. Para ello citaremos el siguiente trecho de ese artículo: “¿Cuál podría ser la incidencia negativa de los cambios tecnológicos sobre la práctica de la literatura? No son pocos ni irrelevantes los que aseguran que la facultad de memorizar se encuentra amenazada por la tecnología de punta empleada en la comunicación. ‘Hacia mediados del siglo XX –escribe Nicholas Carr–, la memorización había comenzado a caer en desgracia’. La memoria biológica es radicalmente diferente de la memoria informática. Según Kobi Rosenblum, jefe del Departamento de Neurobiología y Etología de la Universidad de Haifa: ‘Mientras que el llamado cerebro artificial absorbe la información e inmediatamente la guarda en su memoria, el cerebro humano sigue procesándola mucho después de haberla recibido, y la calidad de los recuerdos depende de cómo se procese esa información. La memoria biológica está viva. La informática, no’. Carr infiere: ‘Lo que da a la memoria real su riqueza y su carácter, por no hablar de su misterio y su fragilidad, es su contingencia. Existe en el tiempo, cambiando a medida que el tiempo cambia. La memoria biológica se encuentra en perpetuo estado de renovación. La memoria almacenada en una computadora, por el contrario, adopta una forma binaria y estática. La web es una tecnología de olvido. Y gracias una vez más a la plasticidad de nuestras vías neuronales, cuanto más usamos la web, más entrenamos nuestro cerebro para distraerse, para procesar la información muy rápidamente y de manera muy eficiente, pero sin atención sostenida. Esto ayuda a explicar por qué a muchos de nosotros nos resulta difícil concentrarnos incluso cuando estamos lejos de nuestros ordenadores. Nuestro cerebro se ha convertido en un experto en olvido, un inepto para el recuerdo”.

1 “La tiranía de la era digital amenaza el espíritu crítico”, por Santiago Kovadloff, *La Nación*, 5 de septiembre de 2014 [<http://www.lanacion.com.ar/1724518-la-tiranía-de-la-era-digital-amenaza-el-espíritu-critico>].



La primera observación que haremos se refiere a la mención a los trabajos de Carr que hace Kovadloff. Coincidimos con ellas, aunque no hablaríamos de memoria biológica sino de memoria aleatoria o memoria en futuro anterior (opera sobre las ruinas de los futuros acontecidos), y llamaríamos a la informática, memoria planificada o bien, programada (opera sobre el facto acumulativo, relacional y el “cruce de variables” de los “bancos de datos”). La llamada “Teoría de la información”, de la cual emanan conceptos como “sociedad del conocimiento” y “gerenciamiento del conocimiento”, es un giro de la gnoseología aplicada que parte de las industrias culturales y reinterpreta todo el lenguaje anterior de la medicina, la ingeniería, la gestión cultural o empresaria, las ciencias sociales y la administración de archivos. Consideramos este rumbo civilizatorio, con el aspecto irreversible que parece poseer, un ámbito ineludible de nuevas discusiones. De estas depende que la llamada globalización (con este u otros nombres) se imponga como horizonte abstracto del consumo cultural que unificará en un único molde humano a millones de individuos atomizados, o del nuevo universalismo “desigual y combinado”, que pone en el mismo plano histórico tanto los rumbos de la medicina informática, los nuevos rangos comunicacionales cuya materia prima es el trapiche que procesa la intimidad de cientos de millones de habitantes del planeta, como el augurio funesto de nuevas guerras étnico-religiosas, que no son otra cosa que un réplica absurdamente complementaria y opuesta de las guerras de la racionalidad instrumental (desde Vietnam hasta los bombardeos con drones), y las guerras teológico-políticas (o teológico-petrolíferas) con el sangriento arcaísmo de degollados en ejecuciones rituales.

También coincidimos con la otra mención que hace Kovadloff. La web promueve antes bien el olvido que la rememoración, pues ignora los enormes poderes selectivos y recombinatorios que tiene la negligencia recordativa involuntaria en el océano de los hechos indiferenciados de la

La incerteza científica de nuestra época se expresa en la vaguedad terminológica, en el intento de forjar una nueva filosofía con metáforas cuyo origen es ancestral y en las denominaciones tipológicas de la ciencia, ya que se ha hecho habitual decir “ciencias duras” y “ciencias blandas” en un remedo del “hardware” y el “software”.



memoria pretérita. Como lo demuestran el psicoanálisis y toda la literatura de Borges, el olvido es un operador indispensable para evitar vivir en un constate presente, prisioneros de un retórica tecnificada cuya lógica seductora promete aventuras desconocidas y gira sobre las mismas proposiciones binarias de la “sociedad del conocimiento” (esto es, la condición apologética que posee la ideología de los fabricantes de “epistemes reguladoras”, que no usan este concepto sino que lo atienden con una palabra intraducible, software, habitualmente definida en términos de las “partes blandas”, tentativamente definido como “el conjunto de los programas de cómputo, procedimientos, reglas, documentación y datos asociados, que forman parte de las operaciones de un sistema de computación”). Llegados a este punto, no estamos haciendo un alegato tradicionalista o anacronista que pase por alto la gran mutación tecnológica en el mundo de los signos, mundo en el que habitamos y es necesario construir éticas existenciales para estos movimientos del espíritu técnico, con las que aún no contamos. Se puede apreciar que la incerteza científica de nuestra época se expresa en la vaguedad terminológica, en el intento de forjar una nueva filosofía con metáforas cuyo origen es ancestral –ya dijimos: la de la “navegación”– y en las denominaciones tipológicas de la ciencia, ya que se ha hecho habitual decir “ciencias duras” y “ciencias blandas” en un remedo del “hardware” y el “software”, ignorándose los esfuerzos de todas las teorías conocidas por diferenciar y a la vez asociar de distintas maneras ambos aspectos de la gnoseología humana. Así pasaron el positivismo contra la diferenciación entre “ciencias de la naturaleza” y “ciencias del espíritu” y el estructuralismo con sus “significantes lingüísticos”, para homogenizar de otro modo las estructuras científicas, esta vez contra su antepasado, el positivismo.

En esta incerteza de la lengua científica, la denominada teoría de la información recorre un largo arco de sentido que va desde la antigua teoría de la guerra hasta las nuevas supuestas nociones de la revolución de la intimidad (“selfies”, “subir las fotos”), y desde los monasterios con sus centenarios archivos hasta las grandes empresas archivístico-informáticas, como Iron Mountain, que se crean con toda la tecnología disponible y el antiguo concepto monástico de que en el alto capitalismo financiero se siguen guardando secretos de los que conviene deshacerse de tanto en tanto, con incendios que atienden las aseguradoras, como si estuviéramos ante una trama aparentemente envejecida de las novelas policíacas de los años 30 (*El cartero siempre llama dos veces*, 1934). ¿Qué hacer



entonces con estas ilusiones de democratización de la “información” y las críticas de apariencia “aristocrática”, que no se basan en tesis de carácter adorniano, que no tienen ningún contenido reaccionario, sino en la desconfianza permitida o la admonición estetizante tolerada por los grandes medios, como hace *La Nación* con la crítica de Kovadloff? Mi conclusión es que se reclama una crítica efectiva, de carácter democratizante pero de visos intelectuales rigurosos, respecto al mundo del lenguaje informático, candorosamente tenido como aliado sin más en las epopeyas educativas democráticas, lo que sólo podría ocurrir si se lo hace motivo de una averiguación ética, artística y cognoscitiva más incisiva, todo lo alejada que se quiera del aceptacionismo automático, actitud que rigió las opciones de las élites modernizantes argentinas desde la locomotora La Porteña hasta la actual admiración con que ciertos sectores científicos perseveran en tomar como modelo a la NASA.

No estamos amonestando a los usuarios de las neotecnologías —nosotros también las usamos— sino evitando concederle, tanto al adecuacionismo mecánico como a la crítica aristocrática, la perseverancia de la pregunta filosofía y literaria por los signos y significados de lo que llamamos filosofía o cultura. Por eso no tenemos problemas en decir que coincidimos con muchos aspectos del artículo de Kovadloff en *La Nación* (como sabemos, es el autor de los manifiestos que de tanto en tanto nos proporcionan los grandes empresarios financieros, rurales e industriales), pero lo hacemos desde una perspectiva bien diferente, con otro lenguaje sin empaque y con otras nociones que evitan trasuntar el aristocratismo con el que ejerce la crítica. Nosotros también creemos en el poder de la literatura, de Pessoa o de Marcel Schwob (que no son meros “contenidos”, como reza la tesis informática en curso, una vez puesto por ella misma el consabido “soporte”) y lo creemos fuente de pedagogía democrática, motivo de reapropiación por los mundos populares (no

Se reclama una crítica efectiva, de carácter democratizante pero de visos intelectuales rigurosos, respecto al mundo del lenguaje informático, candorosamente tenido como aliado sin más en las epopeyas educativas democráticas, lo que sólo podría ocurrir si se lo hace motivo de una averiguación ética, artística y cognoscitiva más incisiva, todo lo alejada que se quiera del aceptacionismo automático.



“populistas”) e indicio de resurgimiento de la crítica intelectual (no de los “intelectuales”). Una coincidencia más: ciertas formas de “poder”, citadas habitualmente en las locuciones con las que se conversa en la política y de la política, son notoriamente vasallas del régimen acumulativo de “datos” que emergen de “bancos informáticos”, a modo de cruel remedo. Pretender transformar un país es simultáneo al deseo transformista que deben transitar en forma inmanente los hablantes y practicantes de las artes políticas. Sólo así la ciencia y la técnica (y sus sucedáneos menores, los medios de comunicación que operan con la “literatura de la teoría de la información”) serán un paisaje de emancipación, y la filosofía (o la literatura), lenguas que no se deshagan ante el desarrollismo dominante ni ante el temeroso aguijonazo que siente el aristócrata cuando es consentido para declamar que su feudo de simbolismos irreductibles corre riesgos de ser avasallado por la memoria mecanizada.

Esas lenguas deben ser las lenguas de la autoconciencia política, regidas por un nuevo humanismo que habrá que refundar, a la luz de un nuevo diálogo con los mensajeros de las nuevas alianzas entre tecnología y biología, información y energías, datos y pensamientos en ensayismos permanentes. Un capítulo central de la reconstrucción humanística y crítica fueron las objeciones, en la mitad del siglo XX, a las industrias culturales vistas como regresión del carácter insondable de las obras de arte. Teniendo en cuenta el pasado de esta discusión (y una gran discusión nunca se hace pasado en nosotros), podemos sin duda tratar también esta cuestión sin el “factor desarrollista” que hace de la industria cultural una medición del producto (y apela al lenguaje del “producto” para decir lo que antes llamábamos “obra”), ni el “factor Kovadloff”, el manierismo de la crítica expuesta a sus propios ensueños elitistas, como clausura de los caminos alternativos que exigen los panoramas democrático-populares, nunca incompatibles con el arte autónomo, la crítica intelectual y el deseo de obras singulares, irreductibles a ningún otro lenguaje que no sea el de su propia existencia inesperada en el mundo. ●



Vista de La Paz desde el Parque Urbano Central

© Sara Gordón, 2013

<http://pinceladasdeunamicroviajera.wordpress.com/>

FOTO





RESEÑAS

Para jerarquizar el debate sobre la década ganada

Por **Sebastián Mauro**

Al día siguiente de la muerte de Néstor Kirchner, Roberto Gargarella realizó un curioso balance de los gobiernos kirchneristas: “Luego de una década (...) la estructura del poder real (...) sigue siendo tanto o más regresiva que antes de su comienzo. Lo que es peor, las desigualdades de hoy auguran tremendas dificultades para mañana”¹. Si bien la montaña de análisis y datos que circuló en ese mismo momento desmentía tales afirmaciones, durante los años subsiguientes, la “grieta” entre interpretaciones polares sólo se ha profundizado.

En este contexto, que probablemente corroe más los claustros académicos que otros ámbitos de la vida social, Gabriel Kessler –*El sentimiento de inseguridad* (2009), *Reconfiguraciones del mundo popular* (2010)– ha encarado una tarea tan necesaria como compleja: hacer un balance sobre los gobiernos kirchneristas partiendo de la pregunta por la reducción de las desigualdades.

Preguntarse por el impacto de las políticas del kirchnerismo desde la

¹ <http://seminariogargarella.blogspot.com.ar/2010/10/el-poder-real-despues-de-kirchner.html>.



Libro: *Controversias sobre la desigualdad. Argentina, 2003-2013*

Autor: Gabriel Kessler

Editorial: Fondo de Cultura Económica

Año: 2014

óptica de la igualdad emplaza el texto en el debate por el carácter transformador del proceso político, elevando el nivel de exigencia por encima de la cuestión de la pobreza, tópico acuñado por el propio neoliberalismo a finales de los 90. También implica abordar un conjunto plural de fenómenos, transversal a todos los aspectos de la vida social, que incluyen la redistribución del ingreso pero también el acceso a servicios o el reconocimiento de las diferencias culturales.

Más allá de la relevancia de la pregunta, la elaboración de la respuesta es el principal mérito del volumen. Su autor construye una perspectiva fundamentada que articula indicadores heterogéneos e identifica matices y contradicciones de un proceso político extenso, complejo y profuso en reformas. La apuesta de Kessler, antes que